

Una petición por los pobres

ó

Mensaje recordatorio y amonestación a los ricos

John Woolman

publicación original 1793

Traducido por Susan Furry y Benigno Sánchez-Eppler

RaicesCuaqueras.org

2011

Introducción de los traductores

Nacido en 1720, Woolman se crió en la colonia de New Jersey, cerca de Philadelphia, Pennsylvania. Fue miembro fiel de la Sociedad Religiosa de los Amigos toda su vida, y desde joven fue ministro reconocido, viajando en el ministerio entre los Amigos por las colonias inglesas de Norte America. En 1770, viajó en el ministerio a Inglaterra, donde murió de viruela en 1772. Uno de sus viajes más conocidos fue la visita en tiempo de guerra a los indígenas de Wyalusing al noroeste del territorio de Pennsylvania. Entre los temas que sobresalen en todo su ministerio se destacan su capacidad para escuchar y ser fiel a la dirección divina, partiendo de mociones de amor. De esta fuente brota su preocupación por la condición de los pobres, su oposición a la esclavitud, y su encargo espiritual de visitar a los cuáqueros que tenían esclavos o grandes posesiones, con ternura y preocupación por su condición espiritual.

Este influyente ensayo (publicado en 1793, 21 años después de la muerte de Woolman) sigue siendo uno de los mensajes espirituales más aplicables a la situación social y económica de hoy. John Woolman habla fuertemente sobre la necesidad espiritual de la sencillez y la justicia económica.

Antes de considerar el mensaje, debe tenerse en cuenta la renuencia de Woolman a utilizar los nombres más convencionales para referirse a Dios o a Cristo. En lugar de esas palabras, se encuentran en Woolman frases abstractas tales como “la sabiduría verdadera,” “la verdad pura,” “el amor verdadero.” Con George Fox y otros líderes de la primera generación de los cuáqueros se usaban más frecuentemente frases metafóricas tales como “la semilla,” “la luz,” “el testigo.” La costumbre se basaba en un profundo respeto que nos mantiene conscientes de que ninguna pala-

bra humana puede captar la realidad divina que es mucho más de lo que podemos imaginar. (En la rama no programada del cuaquerismo moderno esta renuencia sigue siendo muy común.) En este ensayo, dirigido a todos los cristianos, Woolman a veces habla más directamente de Dios y de Cristo de lo que era su costumbre en otros escritos como su *Diario*. Tampoco usa términos ni teología peculiarmente cuáqueros.

Igual que en el caso de la esclavitud (tanto en su *Diario* como en su otro influyente panfleto, *Consideraciones en torno a la posesión de negros*) se dirige a los amos, los ricos, los opresores. Manifiesta una preocupación y una tierna simpatía para con ellos, tratando de despertar su conciencia hacia los pobres y los esclavos. Con la confianza de que el espíritu de Cristo obrará interiormente, expresa sus consejos en forma indirecta y suaviza su lenguaje para no emitir acusaciones que provocarían endurecimiento y actitud defensiva que cerrarían la mente a la obra divina.

Esto no indica ninguna falta de empatía hacia los esclavos y los pobres, expresado en varias maneras en todas sus obras. Quizás el más famoso se encuentra en el *Diario* donde describe un sueño: “Hace un poco más de dos años, cuando estaba enfermo con pleuritis, llegué tan cerca a las puertas de la muerte que olvidé mi nombre. Y quería saber quién era yo, y vi una masa de material de un color triste y oscuro ... y fui informado de que esa masa eran seres humanos en la más grande miseria que pudieran soportar sin morir, y que yo estaba mezclado con ellos, y desde ese momento no podría considerarme a mí mismo como un ser distinto ni separado....” Otro incidente notable fue su decisión de alojarse en bodega con los marineros durante su travesía a Inglaterra, en vez de usar un camarote de pasajero aunque tenía el dinero para tal comodidad. Vio que los marineros

John Woolman, *Una petición por los pobres*

vivían en condiciones miserables, y no se sentía capaz de vivir en condiciones mejores que las de ellos. Se podrían citar muchos más ejemplos de esta sensibilidad por el sufrimiento de los pobres.

A veces nos frustra su forma indirecta de expresarse. Por ejemplo, al principio del capítulo 16 se refiere a “una manera de proceder que bien podría mejorarse” cuando a nosotros se nos ocurren palabras como “abuso,” “injusticia,” “ultraje.” Pero para leer a Woolman, uno tiene que dejar de esperar tales expresiones apasionadas y apreciar la profundidad espiritual que expresa la verdad en palabras suaves e indirectas.

A menudo el estilo indirecto y la falta de claridad en la gramática de Woolman no nos iluminan en el mismo momento de la lectura. Sólo después, en medio de la noche, a largo tiempo de habernos alejado del texto, su amoroso testimonio impacta y nos remuerde y nos despierta la conciencia.

Agradecimientos: Agradecemos mucho a Betsy Cazden y a Donna McDaniel su ayuda con cuestiones sobre la esclavitud en los tiempos de Woolman, y a Nilda Sánchez y a Loida E. Fernández G. por su ayuda en la redacción. Las notas al pie de la página son nuestras. La mayoría son citas bíblicas, o información para aclarar la situación histórica.

Capítulo uno

Cuando se desea por sí misma, la riqueza obstruye el crecimiento de la virtud, y grandes posesiones en manos de hombres egoístas ejercen mala influencia. Los ricos emplean en cosas útiles un número muy bajo de personas y por eso estos empleados, o algunos de ellos, necesitan trabajar mucho. Mientras tanto, otros carecerían de medios para mantenerse si no fuera por la invención de empleos que no tienen utilidad y sólo sirven para complacer la mente vana.

A menudo, el alquiler de tierras es tan alto, que la gente de recursos modestos se sienten apretados para pagar el alquiler de una granja; y aun cuando los arrendatarios tengan buena salud y prosperidad, muchas veces se ven forzados a trabajar más de lo previsto por nuestro generoso Creador.

Frecuentemente vemos a los bueyes y a los caballos trabajando aun cuando por el calor y el mucho esfuerzo sus ojos y sus agobiados cuerpos manifiestan que están maltratados. A menudo la carga del carro es tan pesada que, cuando ya están cansados por haberlo arrastrado tan larga distancia, el carretero los fustiga para forzarlos a subir lomas o pasar atascaderos. Mucha gente pobre está tan atareada en sus ocupaciones que se les hace difícil proveer refugio para sus animales en grandes tempestades.

Estas dificultades son comunes entre los que tienen

salud, pero muchos otros se ven apretados por enfermedad e incapacidad de laborar, por pérdida de animales, por fracaso en algún negocio; y tanto de sus ingresos anuales tiene que gastarse en alquiler o en intereses que no les quedan recursos para pagar por lo que necesitan. Una mujer pobre, al cuidar a sus hijos, proveer para su familia, y ayudar a los enfermos, hace tanto trabajo como lo que sería apropiado para dos o tres. Personas honestas a menudo casi no pueden brindarles a sus hijos la educación formal que deben recibir. El dinero que los ricos reciben de los pobres, quienes ponen más de su parte justa en producirlo, frecuentemente se usa para emplear a otra gente pobre en asuntos ajenos al verdadero uso de las cosas.

Los que tienen grandes posesiones y viven en el espíritu de caridad, los que examinan con atención la condición de quienes trabajan en sus haciendas, y sin tener en cuenta las costumbres de su época administran sus demandas conforme al amor universal – éstos, actuando justamente en base a sus principios, hacen bien a los pobres sin considerarlo como generosidad. Su ejemplo de evitar lo superfluo tiende a estimular a otros a la moderación. Al no exigir todo lo que las leyes o las costumbres les permitirían, su bondad tiende a abrir paso al trabajo moderado en asuntos útiles, y a frenar aquellos tipos de negocios que no se basan en la verdadera sabiduría.

Ocuparse en lo que es mera vanidad y sólo sirve para complacer la mente inestable tiende a crear afinidad con los que promueven tal vanidad. Esto es una trampa en la que se enredan muchos artesanos pobres. Ocuparse con cosas ligadas a la virtud es lo que más concuerda con el carácter y la inclinación del hombre honesto.

Mientras haya gente trabajadora y ahorrativa, oprimida por la pobreza y sobrecargada de demasiado trabajo en cosas útiles, aquellos que simpatizan con sus dificultades siempre tendrán oportunidades de usar su dinero sin fomentar el orgullo ni la vanidad.

Capítulo dos

El Creador de la tierra es su dueño. Nos puso a vivir sobre la tierra, y nuestra naturaleza necesita nutrirse de su producto. Porque él es bueno y misericordioso, nosotros sus criaturas, mientras vivamos de acuerdo con el diseño de nuestra creación, tenemos tanto derecho a una subsistencia adecuada que ningún hombre nos la puede quitar con justicia. Por medio de acuerdos y contratos de nuestros padres y antepasados, y por hechos y manejos nuestros, algunos se han apropiado de una porción mucho más grande de este mundo que la de los demás; y mientras aquellas posesiones se administren fielmente con mejorías para el bien de todos, esto concuerda con la equidad. Pero aquél que con motivos de exaltarse a sí mismo causa que algunas personas y sus animales domésticos trabajen desmesuradamente, y con el dinero así conseguido emplea a otros para poder vivir rodeado de lujos – ese hombre actúa en forma contraria al diseño generoso del verdadero dueño de la tierra. Ninguna

posesión, ya sea adquirida o heredada de antepasados, puede justificar tal conducta.

La bondad siempre es la bondad, y los mandatos de la sabiduría pura son obligaciones de toda criatura racional. Las leyes y las costumbres son normas para nuestras acciones, siempre y cuando sus cimientos estén en la rectitud universal.

Aunque los pobres alquilen nuestros terrenos bajo un contrato que ellos mismos aceptan en su pobreza, y aunque no exijamos que cumplan tal contrato punto por punto; no obstante, si nuestro motivo es amasar tesoros¹ o vivir según costumbres que no tienen fundamento en la Verdad, y si nuestras demandas son tales que se ven forzados a más labor o a más aplicación en su trabajo de lo que concuerda con el amor puro, entonces estamos transgrediendo sus derechos como habitantes de este mundo del que Dios, bueno y misericordioso, es dueño, y bajo quien todos somos inquilinos.

Si se pudiera prescindir de todo lo superfluo y de todo deseo de grandeza exterior, y si todo el mundo pusiera atención en el uso justo de las cosas, entonces se podría emplear en labor moderada un número suficiente de personas para producir, con la bendición celestial, cosas útiles que abastecerían toda necesidad de la gente y sus animales, dejando a un número suficiente el tiempo libre para atender a los asuntos apropiados de una sociedad civil.

Capítulo tres

Mientras que nuestra vitalidad y nuestro espíritu tienen brío, atendemos gozosamente a nuestros quehaceres. Nos desazona tanto la ocupación excesiva como la insuficiente, pero una porción adecuada resulta saludable para el cuerpo y agradable para la mente honesta.

Los hombres que tienen grandes posesiones ocupan el papel de fiduciario. Podrían adoptar sin dificultad alguna ese modo de vida que causa a otros excesiva labor. Pero se les requiere atención fija en el amor divino para que se puedan limitar en su modo de vida a lo que nuestro Redentor mandó sobre el uso de las cosas, confirmados por el ejemplo de él y el de muchos que vivían en las primeras épocas de la iglesia cristiana, para que así puedan ayudar más extensamente a los necesitados.

Nuestro generoso Creador cuida y provee a todas sus criaturas. Su tierna misericordia cubre toda su obra. En la medida en que su amor influye sobre nuestras mentes, en esa misma medida nos interesamos en la obra de sus manos, y sentimos un deseo de aprovechar toda oportunidad de aliviar el sufrimiento de los afligidos y de aumentar la felicidad de la creación. He aquí un propósito común del que no se puede separar nuestro interés personal: Verter todo el caudal que tenemos en el cauce del amor universal se convierte en el quehacer de nuestras vidas. Los hombres de grandes posesiones, cuyos corazones están así

ensanchados, son como padres para con los pobres, y al considerar las circunstancias difíciles de esos hermanos y su propia condición más cómoda, encuentran una veta para la meditación humilde, y sienten el ímpetu del deber a ser bondadosos y tiernos de corazón para con ellos.

Aligerados de sus cargas y librados de tareas demasiado intensas, los hombres pobres tienen la posibilidad de emplear a otros como asistentes en su trabajo, de tratar bien a sus animales, y de visitar a sus amistades como es debido en una vida social bien ordenada.

Cuando estos piensan en la oportunidad que aquellos propietarios tenían para oprimirles, y consideran la bondad de su conducta, lo ven hermoso y apropiado a la hermandad. El hombre que tiene la mente ajustada al amor universal ha fijado su confianza en Dios y allí encuentra un cimiento firme en donde afianzarse durante cualquier cambio o revolución que acontezca entre los hombres. Así también la bondad de su conducta tiende a propagar en el mundo una actitud de generosidad y benevolencia.

Capítulo cuatro

Nuestro bendito Redentor, al guiarnos en nuestra conducta hacia los demás, recurre a nuestros propios sentimientos: “Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos.”² Aquellos que viven cómodamente del trabajo de los demás y nunca han sentido el peso de la faena en carne propia, a menudo están en peligro de no comprender las circunstancias del obrero y de no tener la capacidad suficiente para sopesar honestamente su condición. No saben lo que ellos mismos desearían si tuviesen que trabajar duro año tras año para ganarse las necesidades de la vida, y además pagar altos alquileres. Por eso, para aquellos que viven con holgura, es bueno esforzarse por enternecer su corazón y así aprovechar toda ocasión de familiarizarse con las vicisitudes y fatigas de los que trabajan para ganarse la vida. Es bueno que se pregunten dentro de sí: ¿Me guía el amor verdadero cuando determino lo que voy a exigir? ¿Estoy libre del deseo de seguir ese tren de vida de mis amistades? Digamos que yo tuviese que trabajar para mantenerlos a ellos y a sus hijos en un tren de vida parecido al mío actual, como ahora ellos y sus hijos trabajan para mantenernos a nosotros. Al hacer tal intercambio, y antes de aceptar condiciones de alquileres o intereses, ¿no podría yo hacer una lista de cosas caras que yo y mi familia usamos, que no tienen utilidad verdadera, para así disminuir gastos? ¿No sentiría yo en tal situación un fuerte deseo de que ellos dejaran a un lado esos gastos innecesarios, para que mi obligación de mantenerlos en su tren de vida fuera más fácil para mí?³

² Mateo 7:12

³ Vale la pena refundir este argumento en términos más directos: “Si yo tuviera que cambiar de lugar con las personas que están trabajando para mantener mis lujos, ¿no sería esto un buen momento para hacer una lista de las cosas caras que yo sé que no son necesarias? De esta manera,

¹ Mateo 6:19-20

Si un hombre rico, después de ser reflexión, encuentra un testigo dentro de su propia conciencia que le indica que se está permitiendo, acorde con las costumbres, algunos gastos que se podrían eliminar según el verdadero designio de la vida¹ – si se da cuenta de que, al cambiar de lugar con los que laboran en su estancia, él desearía que ellos abandonaran estos gastos – todos los que de esta manera avivan su conciencia van a encontrar inapelable el mandamiento: “Así también haz tú con ellos.”

El amor divino no impone mandatos irrazonables ni rigurosos, sino que en su misericordia señala el espíritu de hermandad y el camino a la dicha. Para lograrlo tenemos que salirnos de todo egoísmo.

Capítulo cinco

Pasar por vicisitudes y angustiarse bajo la opresión trae a las personas a cierto conocimiento de estas cosas. Para inculcar el deber de la ternura hacia los pobres, el Dador de la ley les recordó a los hijos de Israel su propia experiencia: “vosotros sabéis cómo es el alma del extranjero, ya que extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto.”² El que ha sido extranjero en medio de gente sin bondad o bajo la autoridad de los duros de corazón sabe lo que se siente; pero una persona que nunca ha sentido el peso del abuso del poder no llega a este conocimiento excepto por medio de una ternura interna que prepara el corazón para compenetrarse con los demás.

Reflexionemos sobre la condición de un hombre pobre e inocente, quien con su labor contribuye a mantener a un miembro de su propia especie que siendo más rico que él, lo agobia con grandes cargas a causa de su codicia de lujos y riquezas. Cuando este trabajador piensa en las causas de sus pesadas cargas, y considera que estas faenas y fatigas se le imponen para mantener algo que no está basado en la sabiduría pura, bien podemos suponer que le viene a la mente un desasosiego contra aquellos que sin incomodarse mucho pudieran tratarlo mejor. Cuando él piensa en el beneficio que su industria le brinda a una criatura igual que él, y cuando ve que aquel semejante con sus grandes propiedades no se conforma con un mantenimiento sencillo, sino que para saciar sus deseos errados y para seguir costumbres erróneas impone exceso de trabajo a los que emplea en su hacienda – con razón podemos opinar que el trabajador se sentirá tratado sin consideración.

Cuando el trabajador considera que los ricos proceden conforme a las costumbres de la época, y no ve en este mundo recurso a la justicia, ¡cuántos lamentos internos de una persona inocente ascenderán al trono de ese Ser grande y bueno que nos creó a todos y que siempre cuida de todas sus criaturas! Con una consideración sincera de estas cosas

cuando yo esté trabajando para ellos yo no tendría que ganar todo el dinero que cuestan estas cosas innecesarias y caras.”

¹ He aquí un buen ejemplo de la renuencia de Woolman de mencionar a Dios directamente puesto que pudo haber dicho “el designio de Dios.”

² Éxodo 23:9

podemos llegar a cierta comprensión de la condición de personas inocentes sobrecargadas por los ricos. El que se agobia año tras año para proveer a otros de lujos y sobreabundancias, el que labora y piensa, y piensa y labora hasta que por exceso de trabajo queda exhausto y oprimido, tal persona entiende lo que significa: “vosotros sabéis cómo es el alma del extranjero, ya que extranjeros fuisteis en la tierra de Egipto.”

Hay muchos en este día que no conocen el alma del extranjero, y se dan el lujo de un tren de vida que ocasiona más trabajo en el mundo de lo que la Bondad Infinita tiene previsto para el hombre, pero que sin embargo tienen compasión para con los sufridos que ellos ven directamente. Si de alguna manera éstos pudieran cambiar de lugar con los que trabajan para ellos; si pudieran pasar a menudo por el proceso de conocer el alma del extranjero y llegar a conocer íntimamente los aprietos y vicisitudes que tanta gente pobre e inocente pasan en esa vida suya a la que nadie hace caso; si éstos, que se las arreglan suntuosamente todos los días, hicieran siete veces el otro papel en la escena y volvieran a su estado anterior, creo que muchos de ellos adoptarían una forma de vida menos cara. Ahora estos ricos ignoran que la gente pobre los mantiene con su labor y pasa aprietos que los ricos no conocen; pero después de que sus corazones se enternezcan, los ricos le aligerarían la pesada carga a la gente pobre.

El hecho de ver a nuestros semejantes sufriendo dificultades de las que no somos en lo más mínimo cómplices, despierta la ternura en las mentes de toda gente razonable. Pero si consideramos la condición de aquellos que están oprimidos por nuestras exigencias, de aquellos que trabajan fuera de nuestra vista y a menudo se agobian por nosotros mientras pasamos el tiempo en abundancia; si consideramos que mucho menos de lo que exigimos nos resultaría suficiente para suplir lo verdaderamente necesario, ¿qué corazón no se ablandaría? ¿Qué hombre razonable se negaría a mitigar el dolor que él mismo ha causado, cuando lo puede hacer sin ningún inconveniente? Concluyo con las palabras de Ezequiel el profeta, “¿Os es poco... etc.”³

Capítulo seis

Los que están agobiados por el trabajo a menudo beben copas para reanimarse. Si hubiera más hombres empleados en cosas útiles, y menos que comen pan como paga por hacer cosas que no son útiles, entonces podríamos calcular razonablemente que la comida y el vestido estarían más en proporción al trabajo que en el presente. Si proce-

³ Ezequiel 34:18-20 “¿Os es poco que comáis los buenos pastos, sino que también holláis con vuestros pies lo que de vuestros pastos queda; y que bebiendo las aguas claras, enturbiáis además con vuestros pies las que quedan? Y mis ovejas comen lo hollado de vuestros pies, y beben lo que con vuestros pies habéis enturbiado. Por tanto, así les dice Jehová el Señor: He aquí yo, yo juzgaré entre la oveja engordada y la oveja flaca.” Los traductores notamos aquí un fuerte ejemplo del estilo de Woolman. Indica el verso, pero no lo cita por completo sino que lo deja a la conciencia de la oveja gorda.

John Woolman, *Una petición por los pobres*

diéramos según la sabiduría recta, una pequeña porción de trabajo diario bastaría para mantener un fluido apropiado y plácido circulando por las acequias de la sociedad. Esta porción de trabajo podría ser dividida y realizada en la parte más ventajosa del día para que la gente no tenga el pretexto que ahora tiene para usar bebidas alcohólicas.

Pregunta: Si 4 hombres, cada cual trabajando 8 horas en un día, cultivan 200 fanegas de centeno en 60 días, ¿cuántas horas diarias trabajarían 5 hombres para hacer la misma faena en el mismo tiempo? Respuesta: 6 horas 24 minutos.

¡Mucho es el ron y los licores importados y destilados en estas colonias! No podemos suponer que tantos miles de toneles de licor pueden beberse cada año en nuestro país sin ejercer su poderoso efecto en nuestros modales.

Cuando la gente está agobiada y beben estos licores no sólo para refrescarse del trabajo que han hecho, sino también para poder continuar trabajando sin tomar el tiempo que la naturaleza requiere para reponerse, esta costumbre poco a poco los separa de esa calmada manera de pensar que acompaña a los que fijamente dirigen sus corazones a la sabiduría verdadera. Supongo que no se puede negar que una persona no es capaz de pensar seriamente o de meditar en lo divino cuando su ánimo está perturbado por exceso de ejercicio físico en el calor, y por el licor bebido para reanimarse. Puesto que multitudes de personas practican esto sin beber suficiente para impedirles en la dirección de sus quehaceres exteriores, esta costumbre requiere nuestra seria consideración. Por la bondad divina he descubierto que hay un sendero más tranquilo, sosegado y feliz marcado para nuestro caminar. Me siento impulsado a expresar lo que embarga a mi alma al respecto.

Es nuestro deber cultivar el espíritu de amor y mansedumbre; también es un deber evitar las cosas contrarias a tal espíritu. Todo lujo de cualquier tipo, y toda exigencia de dinero contraria al orden divino tiene alguna conexión con el trabajo innecesario. El trabajo excesivo agobia el ánimo, y la gente busca ayuda en bebidas alcohólicas; y el uso frecuente del alcohol opera en la mente oponiéndose al Espíritu Santo. Hay diferencia de grados en esta oposición, y ésta queda muy clara cuando los hombres beben hasta el extremo de suspender el uso de la razón. Un hombre muy borracho está lo más alejado de la condición mental en la que Dios puede ser debidamente adorado; pero una persona que a menudo se encuentra agotada por exceso de trabajo, y se reanima con bebidas alcohólicas, aunque no se emborrache por completo, a la larga se acostumbra a una medida de intoxicación continua que inevitablemente le hace daño tanto a la mente como al cuerpo. La naturaleza de una persona se conforma en alguna medida a la del aire y la comida a que se ha acostumbrado desde su niñez. Frecuentemente esto se manifiesta en aquellos que cuando se separan de su aire nativo y su dieta, por falta de lo acostumbrado pierden fuerza y salud. No es razonable suponer que podamos beber tantos miles de toneles de este licor

abrazante año por año sin alterar en cierta medida la naturaleza humana, y sin reducir la aptitud de la mente para recibir la Verdad pura por amor.

Hay muchos que manifiestan algún apego a la piedad, y que aun así aceptan en cierta medida ese tren de vida y esa forma de acumular riquezas que ocasionan trabajo más allá de los límites fijados por la divina sabiduría. Es mi deseo que consideren las conexiones entre las cosas para que no promuevan por su conducta lo que oponen con sus palabras, al exigir de los trabajadores pobres más que lo acorde con la rectitud universal.

Atesorar riquezas para otra generación por medio de la labor inmoderada de aquellos que en alguna medida dependen de nosotros es hacer un mal en el presente sin saber si nuestra riqueza, así conseguida, será puesta al servicio de propósitos malvados cuando nosotros nos vayamos. Trabajar en exceso, o hacer que otros lo hagan, para vivir conforme a costumbres que Cristo nuestro redentor contradujo con su ejemplo en los días de su carne y que son contrarias al orden divino, es estercolar el suelo para propagar siembra de maldad en la tierra.

Los que se adentran en estas consideraciones y viven bajo su peso sentirán que estas cosas son tan serias, y sus malos efectos tan extensos, que verán evidente la necesidad de dirigir toda su atención a la sabiduría divina. Dejarán que esa sabiduría los dirija en el buen uso de las cosas, contrario a las costumbres de la época, y encontrarán en ella fuerzas para soportar con paciencia el oprobio que la singularidad provoca. Conformarse en forma mínima a una costumbre mala refuerza la mano a los que llevan las malas costumbres a su máximo extremo de maldad. Y esa conformidad aboga más por la maldad mientras más esa persona guarde la apariencia de virtud y devoción al cielo. Si uno deja de profesar una vida piadosa, la gente espera poca o ninguna instrucción de tal ejemplo. Pero mientras profesamos vivir en constante oposición a todo lo contrario a la rectitud universal, no hay palabras para expresar la gravedad de nuestra obligación de mantenernos alerta para que nuestro ejemplo no haga caer en el mal a los demás.

Capítulo siete

“... Este género no sale sino con oración...”¹

Si nos dejamos inducir por el afecto hacia nuestros hijos para favorecerlos en los arreglos que hagamos para después de nuestra muerte, después de fallecer no podremos mirar esos favoritismos con buenos ojos. Si no estamos seguros de que no hay mejor forma de disponer de nuestra fortuna, y a pesar de eso hacemos a nuestros hijos pudientes por medio de tal riqueza, ponemos así en sus manos el poder de tratar con dureza a otros de más rectitud que ellos. Esto no puede satisfacernos más que si con nuestro tesoro hubiéramos encumbrado a estos otros y les hubiéramos dado poder para oprimir a nuestros hijos.

¹ Mateo 17:21

Supongamos el caso de alguien que posee buena tierra suficiente para el uso de veinte personas industriosas y frugales. Considerando esa tierra como su herencia legal, sería natural tener la intención de legar tal hacienda a sus descendientes. Pero supongamos que al investigar la validez de su título, descubre que la mitad de esta propiedad pertenece sin lugar a dudas a un número de huérfanos pobres que le parecen tan buenos e inteligentes como sus propios hijos. En este caso, él tendría la oportunidad de considerar si está aferrado a cualquier interés aparte del de los huérfanos. Algunos de nosotros tenemos hacienda suficiente para nuestros hijos y otros tantos más, si todos ellos dedicaran su tiempo a empleos provechosos y si vivieran en esa sencillez conforme al carácter de los verdaderos discípulos de Cristo. Pero no tenemos evidencia para pensar que nuestros hijos al heredarnos dedicarán su herencia a fines benévolos, más de lo que harían algunos jóvenes pobres que conocemos. Sin embargo, si creyéramos que después de nuestra muerte nuestra hacienda se repartiría por igual entre nuestros hijos y un número comparable de estos jóvenes pobres, a lo mejor nos daría desasosiego. Esto puede demostrarle al que reflexiona que para ser redimidos de todo rastro de egoísmo, para ejercer una consideración universal por nuestros semejantes, y para amarlos como nuestro Padre Celestial los ama, tenemos que recurrir constantemente a la influencia de su Espíritu.

Cuando nuestros corazones se ensanchan para contemplar la naturaleza de este amor divino nos sentimos en armonía. Pero cuando analizamos ese egoísmo que nos desazona frente a lo que es en sí razonable, lo que reconoceríamos como razonable si lo separamos de todas nuestras expectativas y conceptos previos, entonces veremos que tal egoísmo no concuerda con ese amor. La causa de tal desazón está en el futuro, y no afectará a nuestros hijos hasta que nosotros no hayamos partido de este mundo a esa otra condición del ser donde no podremos regocijarnos en nada contrario al puro principio del amor universal.

Cuando nos sometemos a nuestro deseo natural de superioridad, éste se extiende a los favorecidos que serán nuestros herederos. Nuestra rapacidad para adquirir riquezas y poder para ellos impone cargas aún más pesadas sobre los pobres, y aumenta el mal de la codicia en nuestra época. A menudo he deseado en mis adentros que al pensar en la posterioridad podamos acordarnos de la pureza del descanso preparado para el pueblo del Señor, y de la imposibilidad de gozarnos allí en nada que se distinga de la rectitud universal. ¡Cuán vano y débil es legar riquezas y poder a quienes parezcan poco dispuestos a usarlo para el bienestar universal después de nuestra partida!

Como cristianos, todo lo que poseemos son dádivas de Dios. Ahora bien, al distribuirlo entre los demás actuamos como sus mayordomos, y es nuestra responsabilidad actuar de acuerdo con esa sabiduría divina que por gracia él les da a sus servidores. Cuando por apego egoísta el mayordomo de una gran familia toma lo que se le ha encargado y lo

otorga con derroche a sus favoritos, causa daño a otros y perjudica al que lo emplea. Tal mayordomo se desune y se hace indigno de su cargo.

La verdadera felicidad del humano en esta vida y en la venidera, está en la unión interior con la fuente de la bienaventuranza y el amor universal. Si actuamos en contra de la rectitud y el amor universal cuando hacemos arreglos para nuestra descendencia que no entrarán en vigor hasta que no estemos asentados en otra condición en el más allá, tal conducta tiene que provenir de nuestro falso y egoísta placer al requerir que se haga algo mal hecho en un momento futuro cuando nos será imposible complacernos en tales arreglos. Si llegamos al estado de pureza después de tales arreglos y ya muy tarde para cambiarlos – ese estado de unión con Padre e Hijo que nuestro Redentor pidió a su Padre para su pueblo – tal santificación interna tiene que venir después de un sincero arrepentimiento por todos los hechos motivados por cualquier voluntad apartada del amor universal. En esta reconciliación y hondo arrepentimiento todos los pecados son perdonados y todos los dolores son borrados, y las faltas cometidas en el pasado ya no pueden afligirnos; sin embargo será imposible que nos complazcamos en nuestros arreglos parciales a favor de aquellos a quienes amábamos con amor egoísta. Y si después de tales arreglos egoístas nuestras voluntades siguen oponiéndose a la fuente de luz y amor universal, una gran sima infranqueable será puesta¹ entre el alma y la verdadera felicidad. Y nada de lo motivado en el pasado por esta voluntad separada nos puede complacer.

Capítulo ocho

El gran quehacer de la vida humana es luchar por asentarse en el amor divino en el cual la mente queda des-enmarañada del poder de las tinieblas. Acumular riquezas, cubrir el cuerpo con ropas caras de fina hechura, y poseer magníficos muebles – todo eso opera contra el amor universal y tiende a cebar el amor propio. Desear esto no es cosa de los hijos de la Luz.

El que envió cuervos a alimentar a Elías en el desierto, y el que incrementó las escasas sobras de la harina y el aceite de la viuda,² continúa hoy tan atento a las necesidades de su pueblo como siempre. Cuando Él nos cuenta entre su pueblo y dice: “Vosotros me seréis hijos e hijas”³ – los que saben cuán generoso Padre es Él, no pueden desear gozo mayor.

En su mayor parte, lo necesario para la vida es tan precedero que cada generación tiene que trabajar para conseguirlo. Cuando consideramos el futuro con mente regida por el amor universal, tratamos de no exonerar a unos pocos favorecidos de las preocupaciones que son inevitables en esta vida, y de no darles poder para oprimir a otros.

¹ Lucas 16:26

² 1 Reyes 17

³ 2 Corintios 6:18

Deseamos que todos sean hijos del Señor y que vivan en esa humildad y orden que corresponde a su familia. Con nuestros corazones abiertos y ensanchados así, nos contentamos con esta manera de usar las cosas que es tan ajena al lujo y a la grandeza como lo era en el ejemplo de nuestro Redentor.

La persona que desee y acumule riquezas para ser poderoso y distinguido bien puede ser considerado un rico cuya mente se mueve bajo una influencia distinta de la atracción del Padre. Antes de ser rescatado de esa seducción contraria tal persona no puede unirse a la sociedad celestial de los que encuentran en Dios la fuerza de sus vidas.

“Más fácil es,” dice nuestro Salvador, “pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.”¹ Con esta comparación nuestro Señor nos brinda una lección: al igual que un camello como tal no puede pasar por el ojo de una aguja, un hombre que confía en las riquezas y las posee porque éstas le brindan poder y distinción tampoco puede entrar en el reino mientras esté en ese espíritu. En el caso del camello cada una de sus partes pudiera reducirse físicamente para que pase por un hueco tan pequeño como el ojo de una aguja, pero el bulto de la bestia es tal, y la dureza de su osamenta y su dentadura es tal que esto no podría realizarse sin ardua labor. Asimismo la persona tiene que despojarse de ese espíritu que ansía riquezas, y tiene que reducirse a otra actitud antes de heredar el reino, igual que el camello tiene que despojarse de la forma de camello antes que pasar por el ojo de una aguja.

Cuando nuestro Salvador dijo al joven rico, “Anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres,”² sin duda el deber del joven era cumplir con lo mandado. Sin embargo, imponer este mandato de venderlo todo como una obligación a todo cristiano verdadero sería limitar al Santísimo. Hijos obedientes a los que se ha encomendado grandes recursos exteriores esperarán la sabiduría para disponer de tales bienes según la voluntad de aquél en quien “el huérfano alcanza misericordia.”³ Tal vez no sea el deber de todo el mundo poner sus bienes en otras manos enseguida, sino considerar continuamente entre las numerosas ramas de la gran familia, como mayordomos del que dijo: “Deja tus huérfanos, yo los criaré; y en mí confiarán tus viudas.”⁴ No importa cuantos bienes incluya su encomienda, como discípulos de Cristo no se puede adoptar suntuosas ni lujosas costumbres. Nuestro Señor Jesucristo tenía un almacén inexhaustible, y dio de comer a miles de personas en una manera muy por encima de los procesos naturales. Si la posesión de grandes tesoros hubiera sido razón suficiente para ostentarla ante el mundo, Cristo no habría vivido en tanta sencillez.

Lo que poseemos con equidad es don de Dios para nosotros; y además todas las cosas fueron creadas por el Hijo.⁵ El que forma las cosas de la nada – el que las crea, y una vez creadas las posee – es más rico en verdad que aquél que posee por haber recibido dádivas de otro. Si la profundidad del conocimiento y un título elevado fueran razón suficiente para hacer ostentación espléndida, él podría haberlo ostentado, pero no lo hizo. Sin información previa, pudo decirle a la mujer samaritana varias cosas sobre su vida pasada⁶, le anticipó a los discípulos la muerte de Lázaro,⁷ y contestó al escriba que le tenía por blasfemo. Teniendo el espíritu sin medida,⁸ conocía lo que el hombre tiene adentro. Era dueño de su título de Señor, el cual nunca fue dado a nadie con más razón. En riquezas y sabiduría y grandeza nadie igual a él había en la tierra. Puesto que él vivía en perfecta llaneza y sencillez, el más grande de su familia no puede atribuirse el derecho de vivir en mundanal esplendor por virtud de su posición, sin contradecir la doctrina del que dijo: “Bástale al discípulo ser como su maestro.”⁹

Capítulo nueve

Cuando nuestros ojos estén tan buenos como para poder distinguir el espíritu del egoísmo claramente, entonces veremos que el egoísmo es el más grande de los tiranos. Bajo algunos de los emperadores romanos muchos miles de personas inocentes fueron ejecutadas con múltiples tormentos crueles y prolongados, según narra Eusebio.¹⁰ Sufrieron a causa de su consagración a la verdad de la religión de Cristo por los efectos poderosos de su Espíritu Santo obrando en ellos, y a causa de su negativa a participar en los ritos paganos. Si consideramos a Domiciano o Nerón, o cualquier otro de estos emperadores persecutores, no importa cuán terrible que haya sido en su época, va a resultar un tirano de poca monta en comparación con el espíritu del egoísmo. Porque a pesar de que sus dominios eran vastos, aun así gran parte del mundo estaba fuera de su alcance; y aunque este tirano duramente afligía los cuerpos de esta gente inocente, el divino apoyo sostenía sus mentes dentro de las mayores agonías, y siendo fieles hasta la muerte eran librados de esa tiranía. Su reino, aunque cruel por un tiempo, pronto llegaba a su fin, y considerándolo en su máxima pompa, él mismo emperador parece haber sido esclavo del espíritu del egoísmo. Así la tiranía de un hombre se enaltece pero pronto se acaba. Consideremos las numerosas opresiones en muchos estados y las calamidades ocasionadas por las contiendas de nación contra nación en varias épocas y lugares del mundo, y recordemos que el egoísmo ha sido la causa original de todas. Consideremos

⁵ Colosenses 1:16

⁶ Juan 4

⁷ Juan 11:14

⁸ Juan 3:34

⁹ Mateo 10:25

¹⁰ Eusebio de Cesarea (260?-340?), teólogo e historiador eclesiástico.

¹ Marcos 10:25

² Marcos 10:21

³ Oseas 14:3

⁴ Jeremías 49:11

John Woolman, *Una petición por los pobres*

las personas que son poseídas definitivamente por este espíritu egoísta; no sólo afligen a los demás sino que se afligen a sí mismas y no tienen quietud verdadera ni en esta vida ni en la venidera. Según lo que Cristo dijo, tienen su porción en esa condición de desazón “donde el gusano no muere y el fuego nunca se apaga.”¹ En tales circunstancias, ¡cuán terrible resulta este egoísmo!

Consideremos los estragos que se hacen en esta época y cómo muchas personas se apresuran, luchando por conseguir tesoros para complacer esa mente que se extravía de la renuncia perfecta. En esa sabiduría que es insensatez para con Dios² pervierten el uso legítimo y natural de las cosas, y se agobian como en un incendio, y contienden los unos contra los otros hasta derramar sangre, y ejercen su poder para ganarse una vida ajena a la vida del que está totalmente crucificado al mundo.³ Consideremos el gran número de gente empleada en diferentes reinos en la preparación de materiales de guerra, y la labor y esfuerzo de los ejércitos encargados de proteger sus respectivos territorios contra las incursiones de los demás, y las extensas miserias que acompañan sus enfrentamientos. Mientras tanto muchos otros que trabajan la tierra y se ocupan en otras cosas útiles tienen que enfrentarse a grandes vicisitudes causadas por demasiada labor para mantenerse a sí mismos y también a los que ejercen en asuntos militares, y a los que poseen la tierra. Además de eso, otros en muchos reinos se ocupan de ir a lugares distantes de la tierra en busca de personas para ayudar en el trabajo, y estos cautivos se pasan lo que les queda de sus vidas en la incómoda condición de esclavos. Reconozcamos que el egoísmo está al fondo de todo esto. En medio de toda esta confusión, de estas escenas de tristeza y angustia ¿nos es posible recordar al Príncipe de Paz, recordar que somos sus discípulos, y recordar ese ejemplo de humildad y sencillez que él nos dejó, sin que sintamos un fuerte deseo de desenmarañarnos de todo lo que tiene que ver con el egoísmo, sea en alimentos, en ropa, en casas, o en cualquier otra cosa? Siendo miembros de la familia de Cristo, y caminando como él caminaba, es posible que permanezcamos en esa rectitud en que el primer hombre fue creado, y que no tengamos relación alguna con esos inventos que los hombres han ingeniado con su sabiduría después de la caída.

En el espíritu del egoísmo está la idolatría. Nuestro bendito Redentor dio a su familia la valentía para aguantar grandes afrentas y sufrir crueles tormentos hasta la muerte, a causa de su testimonio contra la idolatría de aquella época. ¿Podemos ver que la idolatría prevalece hoy bajo otra apariencia sin sentir recelo para que no nos metamos en lo mismo sin darnos cuenta?

Aquellos fieles mártires se negaron a ofrendar incienso aunque con hacerlo pudieron haber escapado una muerte

cruel. Considerado aparte de su circunstancia, eso de echar materia aromática al fuego para producir un aroma agradable parecería poca cosa. Pero, como eso habría significado su aprobación de la idolatría, ellos necesariamente tenían que negarse a hacerlo. No podemos apartarnos en lo más mínimo de la pura rectitud universal; no podemos continuar haciendo públicamente cualquier cosa que no concuerde con la Verdad, sin fortalecer las manos⁴ de los impíos, y sin hacer cosas que en su naturaleza se asemejan a las ofrendas de incienso ante los ídolos.

Se cuenta de Orígenes, un cristiano primitivo, que un día se vio en un gran aprieto y en un momento de descuido tomó un poco de incienso en su mano. Cierta pagano, para acabar rápido, le cogió la mano y le hizo soltar el incienso en el fuego del altar. Por haber cooperado hasta tal punto fue librado de su aprieto exterior. Pero después él se lamentaba grandemente por haber caído de una buena condición a otra peor. Tal parece que la más mínima complicidad con el mal es muy peligrosa; el caso de Orígenes nos sirve de advertencia y bien vale la pena ponerle atención.

Capítulo diez

“¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin nuestro Padre.”⁵

La manera tan común por todo el mundo de hacer guerra es tan claramente distinguible de la pureza de la religión de Cristo que muchos sienten reparos de conciencia para participar. De los que ya están tan redimidos del amor mundanal como para no poseer nada en espíritu egoísta, su “vida está escondida con Cristo en Dios.”⁶ A aquellos él los preserva en resignación aun en momentos de tumulto. La ansiedad por las riquezas o el dominio no encuentra en ellos lugar por donde infiltrarse, porque ellos no poseen nada sino lo que pertenece a la familia de él, y aprenden a contentarse con que él disponga de ellos según su voluntad, porque él es omnipotente y siempre atento a sus hijos, y hace que todas las cosas les ayuden a bien.⁷ Pero ese espíritu que ama la riqueza, y acopia caudal y se apega a costumbres arraigadas al placer egoísta, este espíritu que así nos aparta del amor universal, busca ayuda de este poder que persiste en la separación; y como quiera que se llame este espíritu insiste en su deseo de defender los tesoros acumulados. Esto es como una cadena circular. Comienza con el deseo de adquirir riquezas. Cuando nos apegamos a este deseo pasamos a las acciones; las riquezas así conseguidas complacen el egoísmo, y en cuanto el alma se siente avivada por las riquezas quiere defenderlas.

La riqueza viene acompañada del poder que propaga tratos y procedimientos contrarios a la rectitud universal. Entonces la opresión, mantenida por reglamento y orden

¹ Marcos 9:48

² 1 Corintios 3:19

³ Gálatas 6:14

Traducción de Susan Furry y Benigno Sánchez-Eppler

⁴ Nehemías 6:9

⁵ Mateo 10:29

⁶ Colosenses 3:3

⁷ Romanos 8:28

John Woolman, *Una petición por los pobres*

mundanal, se viste con nombre de justicia y se hace semilla de discordia en la tierra. Cuando prevalece este espíritu que se extravía de la morada pura, la semilla de la guerra se hincha, retoña, crece y se fortalece hasta madurar mucha fruta. Así llega la cosecha de la que habló el profeta, “arreatada en el día de la angustia y del dolor desesperado.”¹

¡Oh! Nosotros que nos declaramos en contra de las guerras y reconocemos que nuestra confianza está sólo en Dios, ¡ojalá que caminemos en la Luz y analicemos en la Luz nuestro fundamento y motivo para poseer grandes propiedades! Que examinemos nuestros tesoros, y los muebles de nuestras casas, y nuestra vestimenta, e investiguemos si las semillas de la guerra se nutren de nuestras posesiones o no. Guardar tesoros en el espíritu del egoísmo es una fuerte maleza, y su fruto se madura rápido. ¡Viene un día de angustia exterior y el amor divino nos llama a prepararnos para enfrentarlo! ¡Escuchad, entonces, hijos que han conocido la Luz, y salid! Dejad todo lo que nuestro Señor Jesucristo no reconoce como suyo. No penséis que su modelo es demasiado sencillo o tosco para vosotros. No toméis por pequeña una porción modesta en esta vida, sino vivamos en su espíritu y caminemos como él caminaba, y él nos preservará en las más serias dificultades.

Capítulo once

“Los cielos son los cielos de Jehová; y ha dado la tierra a los hijos de los hombres.”²

Como siervos de Dios, cualquier terreno o propiedad que tengamos, bajo él lo tenemos como dádiva suya. Es nuestro deber usar las ganancias derivadas en forma que concuerde con el diseño de nuestro bienhechor. Las personas imperfectas pueden dar por motivos errados, pero la Sabiduría y Bondad Perfecta da de acuerdo con su propia naturaleza. Su dádiva no es absoluta, sino condicional, para que la usemos como hijos sumisos y no de otra manera, porque sólo él es el dueño verdadero. “La tierra es mía,” dice él, “y su plenitud.”³

El inspirado Dador de la ley mandó que los israelitas que vendían su herencia sólo deberían venderla por un período limitado, y que ellos o sus hijos deberían poseerla de nuevo en el año del Jubileo, celebrado cada cincuenta años. “La tierra no se venderá a perpetuidad, porque la tierra mía es,” dice el Señor, “pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo.”⁴ El propósito de esta ley era impedir que los ricos oprimieran a los pobres acaparando demasiado terreno. Y nuestro bendito Redentor dijo: “hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido.”⁵

Donde el amor divino se arraiga en los corazones de la

gente, y ellos continuamente actúan de acuerdo con un principio de rectitud universal, allí se cumple el verdadero propósito de la Ley, aunque sus procedimientos exteriores pueden ser distintos. Pero donde la gente, poseída por ese espíritu que indicó el profeta, pasa revista a su riqueza diciendo en sus corazones, “¿No hemos adquirido poder con nuestra fuerza?”⁶ – ahí se extravían de la ley divina. Al no considerar sus posesiones estrictamente como pertenencia de Dios, y al no considerar que los débiles y los pobres también tienen derecho a parte de las ganancias de estas haciendas, entonces no tienen freno y se sienten libres para darse el gusto de seguir el tren de vida del fausto mundanal. Así, ellos juntan casa a casa, y añaden hacienda a hacienda hasta ocuparlo todo,⁷ y los pobres pasan estrechez, aunque todo sea hecho por tratos y compras; sin embargo, como sus hechos se diferencian de los del amor universal, la tribulación prevista por el profeta acompañará su proceder.

Él que en el principio formó la tierra de la nada, en aquel entonces era dueño de todo, y todavía lo es. Aunque la dio a los seres humanos para que multitudes de personas reciban sustento de ella mientras aquí moren; sin embargo él nunca la enajenó. Su derecho de cederla es tan válido como en el principio. Cualquier persona que use el incremento de sus posesiones de manera contraria al amor universal, o que disponga de terrenos sabiendo que su forma de hacerlo elevará a algunos por medio de la opresión de otros, justamente puede ser acusado de usurpador.

Capítulo doce

Si echamos un vistazo ciento cincuenta años atrás, y comparamos el número de habitantes de Gran Bretaña con el número de nativos de Norteamérica en un terreno del mismo tamaño, supongo que los nativos serían muy pocos en comparación con los otros. Al descubrir este continente fértil, muchos de los habitantes de países densamente poblados vinieron para acá. Generalmente los nativos los trataron con bondad al principio, y como los europeos traían herramientas de metal y una variedad de cosas útiles, los nativos aceptaban la oportunidad de comercio de buena gana, y alentaban a los extranjeros a que se asentaran. Estoy hablando sólo de aquellas mejorías negociadas pacíficamente.

Así nuestro Padre bondadoso, que ve las circunstancias de todas sus criaturas a la vez, abrió una vía desde un país densamente poblado y nos dio espacio aquí. Pongamos atención en lo que la mano de Dios hizo al darnos un lugar en este continente. Consideremos que en esta tierra los hijos de los dueños de antaño todavía son dueños y habitantes de los terrenos adyacentes a los nuestros, y que les parecemos recién llegados. También consideremos que heredan de sus antepasados su manera de vivir que requiere mucho espacio, y que probablemente ha sido costumbre fija

¹ Isaías 17:11

² Salmo 115:16

³ Salmo 24:1

⁴ Levítico 25:23

⁵ Mateo 5:18

Traducción de Susan Furry y Benigno Sánchez-Eppler

⁶ Amos 6:13

⁷ Isaías 5:8

durante muchos siglos. Al pensar en todo esto, podemos ver la necesidad de cultivar el terreno ya obtenido de ellos y de usar su producto de acuerdo con la sabiduría verdadera, para sostener la población más grande posible en este terreno. Sólo entonces podríamos tener derecho alguno de argüir, como miembros de una gran familia, que sería justo que ellos nos concedan más de sus posesiones, y que vivan en una manera que requiere menos espacio.

Si todos camináramos como han de caminar los seguidores de nuestro bendito Salvador; si fueran retenidos aquí todos los frutos de nuestra comarca que ahora se exportan a cambio de bebidas alcohólicas, ropa costosa, y otros lujos que no necesitaríamos en el buen caminar; si la labor y el costo de importar y exportar fueran dedicados a la agricultura y otros oficios útiles – entonces, con la bendición divina, muchas más personas que las que ahora residen aquí podrían vivir cómodamente en el terreno que los antiguos dueños nos han concedido.

Si servimos con fidelidad a Dios, quien nos dio lugar en esta tierra, creo que él hará a algunos de nosotros útiles para con los nativos, tanto para enseñarles las doctrinas de su Hijo nuestro Salvador, como para mostrarles las ventajas de llenar la tierra y sojuzgarla.¹

Supongo que algunos se preocuparán por la gente pobre en el extranjero, que se mantienen por la preparación y la mercancía de aquellas cosas que nosotros no debemos usar, porque vivimos en sencillez como discípulos fieles a nuestro Modelo Celestial. Pero aparte de todo lo superfluo y lujoso, mientras la población está mucho más densa en unas partes que en otras, un comercio en ciertas cosas útiles puede servir de beneficio mutuo y llevarse a cabo con mucha más regularidad y satisfacción para un cristiano sincero que el comercio general de hoy.

Muchas veces una sola persona que vive de forma contraria a la sabiduría verdadera atrae a otros a asociarse con él. Y donde los demás aceptan el tren de vida del que así empezó, sus acciones son como una parra silvestre que brota de una sola semilla y crece con fuerza, extiende sus ramas, y sus zarcillos se enredan alrededor de toda planta o árbol a su alcance, y están tan firmemente reforzadas que no se desenmarañan sin mucha labor y esfuerzo. Costumbres como éstas, pequeñas al principio, al crecer incrementan el comercio, y muchos se mantienen de tales negocios. Pero es evidente que todo negocio que no tiene sus cimientos en la verdadera sabiduría es indecoroso para un fiel seguidor de Cristo, que ama a Dios no sólo con todo su corazón, sino también con toda su fuerza y toda su capacidad de producir y actuar en el mundo. Puesto que Dios es capaz y está dispuesto a apoyar de forma acorde con su sabiduría infalible a aquellos cuyos corazones se inclinan en perfección hacia él, hemos de meditar sobre los privilegios de sus hijos y acordarnos que dondequiera que se encuentre el Espíritu del Señor, ahí está la libertad. Ahora bien,

cuando nos metemos en costumbres que sabemos son erradas, nos separamos de la pureza de su gobierno y en cierto modo nos alienamos de él.

Concuerdar con las doctrinas de nuestro bendito Redentor dejar a un lado las vestimentas refinadas y costosas y sólo usar lo que es sencillo y práctico, y abandonar todo lo superfluo y el exceso de bebidas alcohólicas. Si esto hacemos de todo corazón, de cierto modo disminuimos aquel comercio que tiene sus cimientos en un espíritu errado. También nuestra abstinencia puede servir de ayuda a algunas personas que se ven envueltas en tal comercio y que a veces quieren ser libradas del mismo. Pues aunque durante un tiempo sus negocios fallen, si con humildad piden sabiduría de Dios y se someten a él en sinceridad, él no les faltará ni los abandonará. Él que creó la tierra y ha proveído sustento para millones de personas en épocas pasadas ahora sigue tan al tanto de las necesidades de sus hijos como siempre. Seguir esforzándonos hacia la perfección es nuestro deber. Si en este esfuerzo afectamos algún negocio por el cual algunos pobres se ganan la vida, el Señor que nos llama a abstenernos de estas cosas cuidará de aquellos cuyos negocios sufren, si ellos sinceramente lo buscan.

Aunque la vida sencilla es la mejor vida en sí, no avanzamos nada en la religión verdadera por vivir con sencillez motivados por un espíritu de egoísmo: como cuando nuestra relación con los habitantes de otras provincias y nuestro propio interés (distinguido del interés de los demás), nos inducen a promover la vida sencilla con el propósito de enriquecer nuestro propio país. El amor divino, que expande el corazón hacia toda la humanidad, es lo único que puede cerrar toda corriente de corrupción y abrir canales de negocios y comercio donde no corre nada inmundo. Cuando fijamos nuestras mentes en el amor universal de Dios y la armonía de los santos ángeles, la serenidad se pone a nuestro alcance, y sólo Dios puede establecer nuestros asuntos de tal forma que esa serenidad no sea enturbiada por la conciencia de que parte de nuestra labor apoya costumbres que tienen su fundamento en el espíritu del egoísmo.

Capítulo trece

Mientras nuestras mentes se inclinan hacia costumbres distinguibles de la pureza perfecta, estamos en peligro de la falta de atención constante a esa Luz que abre la naturaleza de la rectitud universal a nuestra vista.

En las actividades de un país densamente poblado existen una variedad de oficios útiles además del cultivo de la tierra. Puede ser acorde a la hermandad que algunos sólo tengan tierra suficiente para construir casa y atender a su familia. Lo mismo se puede decir cuando algunos poseen y ocupan mucho más terreno que otros, a causa de los dones divinos para los que se dedican a la agricultura. Pero si algunos con grandes posesiones imponen alquileres o intereses que requieren que otros se esfuerzen más de lo diseñado por nuestro bondadoso Padre, se rompe el alineamiento de

¹ Génesis 1:22

las ruedas de la hermandad perfecta. Tal circunstancia produce empleos que no concuerdan con la familia de Cristo, cuyo ejemplo en todas las cosas es un modelo de la sabiduría. La simplicidad y sencillez de su apariencia externa bien puede avergonzarnos si nos engalanamos con vestiduras costosas o acumulamos riquezas por medio de la opresión más mínima.

La tierra produce nuestro sustento y rinde beneficios al hombre. Puede concordar con la armonía de la verdadera hermandad que algunos tengan una porción más grande de estos beneficios que otros. Sin embargo yo creo que las personas de corazón ensanchado por el amor universal estarán de acuerdo con que la gente más pobre que sea honesta, mientras habitan en la tierra, tienen derecho a cierta porción de estos beneficios en sentido tan claro y absoluto como el derecho de los que mucho heredan.

Las primeras personas que habitaron la tierra fueron los primeros que poseyeron el terreno. El bondadoso Creador y dueño de todo dio los frutos de la tierra para uso de ellos. Y al pasar una generación otra vino y tomó posesión; y así era tras era, innumerables multitudes de gente han sido provistas del fruto de la tierra. Pero nuestro generoso Creador es el dueño absoluto de todo hoy, igual que lo fue cuando lo formó todo de la nada, antes de que el ser humano tuviera posesión alguna. Aunque los derechos basados en la posesión de los antepasados causan gran desigualdad entre las personas, cuando poseemos la tierra o reclamamos sus frutos, siempre hemos de obedecer los mandamientos del gran propietario.

“Por Jehová son ordenados los pasos del hombre.”¹ Los que así son guiados, con corazón ensanchado en su amor, dan instrucciones respecto a lo que poseen que concuerdan con esto. El derecho que se basa en la rectitud universal es buen derecho, pero la continuidad de ese derecho depende de la aplicación justa de los beneficios que del mismo derivan.

Por regla general la palabra *derecho* se utiliza con referencia a nuestras posesiones. Hablamos de *derecho* de propiedad sobre los dividendos de una provincia, o sobre el claro e indisputable *derecho* a la tierra dentro de ciertos límites. Así se mantiene el uso de esta palabra como recordatorio de la intención original de dividir la tierra por límites, e implica que fue diseñada para ser equitativa y justamente dividida, dividida según rectitud. En esto – es decir, en equidad y justicia – consiste la validez de nuestro derecho. En caso de posesión injusta no importa cuántos sellos ni testigos certifiquen los donativos o testamentos de la propiedad, pues no le dan al supuesto dueño ningún derecho, porque lo que se opone a la rectitud es malo, y lo malo tiene que rectificarse antes de que pueda ser *derecho*.²

Supongamos que veinte hombres libres que profesan

seguir a Cristo descubren una isla desconocida, y que con sus esposas e independientemente de otros, toman posesión de tal isla, y dividiéndola equitativamente hacen mejoras y se multiplican.³ Supongamos que estos primeros dueños, estando generalmente influidos por el amor verdadero, atienden con cuidado paternal la mejorada condición de los habitantes, y que hacia el fin de sus vidas dan tales instrucciones respecto a sus posesiones como para asegurar la mejor conveniencia de todos, y para preservar el amor y la armonía. Supongamos también que con el crecimiento de la población, los sucesores continuaron los patrones de piedad de sus antepasados y practicaron los más eficaces medios para excluir la opresión de la isla. Pero supongamos que uno de aquellos fundadores, movido por un tierno apego a uno de sus numerosos hijos, no más merecedor que ningún otro, le da a éste la gran mayoría de sus tierras, y por medio de una escritura expresa claramente su deseo y voluntad ante testigos pertinentes. Supongamos que este hijo, llegando a ser dueño y señor sobre sus hermanos y sobrinos, requiere una proporción del fruto de la tierra que le hace falta para proveerse a sí y su familia y a otros pocos; y que estos otros, provistos del fruto de la despensa del dueño, están empleados en adornar los edificios del señor con grabados curiosos y pinturas, en preparar carruajes para viajar, vasijas para la casa, carnes deliciosas, vestimentas finas, y muebles, todo acomodado a esa distinción recién interpuesta entre él y los demás. Teniendo control absoluto de estas numerosas mejoras su poder aumenta hasta que en toda discusión sobre los asuntos públicos de la isla, los sencillos y honestos vecinos que siguen apegados a la igualdad tienen mucha dificultad en proceder según sus inclinaciones rectas mientras él se opone a ellos. Ahora supongamos que este hombre, movido por su cariño hacia uno de sus hijos y por un deseo de continuar su grandeza bajo su propio nombre, lega lo principal de sus posesiones a ese hijo. Así durante muchos años en la vigésima parte de la isla hay un hacendado supremo, y las demás personas quedan generalmente pobres y oprimidas. Entre los empobrecidos se encuentran algunos, que aborrecen el trabajo por la forma en que se criaron y por la memoria de la grandeza de sus antepasados. Entonces tratan de ganarse la vida con los esfuerzos de los demás, por medio de manipulaciones ingeniosas basadas en las debilidades, la inocencia, y la corrupción de la población. Esto causa grandes dificultades. Mientras todo esto pasa, los habitantes del resto de la isla viven en más armonía porque se guardan de la opresión y educan a sus hijos en sencillez, frugalidad y labores útiles.

Si examinamos el historial del título de propiedad del noveno o décimo de estos hacendados, hasta llegar al primer colonizador, y vemos que tal título es avalado durante todo ese tiempo por documentos claramente escritos, con testigos bien calificados, aún así no podríamos creer en

¹ Salmo 37:23

² En inglés la palabra “right” quiere decir varias cosas. Aquí Woolman hace un juego de palabras con los significados “prerrogativa” o “jurisdicción” al principio del párrafo, y con “correcto” o “justo” al final. Traducción de Susan Furry y Benigno Sánchez-Eppler

³ Esto y lo que sigue evoca la división equitativa de la tierra de Canaan y las provisiones para mantener la igualdad de propiedad expresadas en Levítico. Véase especialmente el capítulo 25.

nuestro corazón que tal hacendado tuviese *derecho* a una porción tan grande del terreno, después de semejante incremento de población.

El primer dueño de esta vigésima parte no poseía más que una porción equitativa. El Señor al principio dio esta isla desconocida a los veinte hombres, pero después les dio vida a numerosos habitantes de esa vigésima parte, cuya naturaleza requería el fruto de la misma para su sustento. No es posible que este gran hacendado tenga *derecho* a todo, para disponer de ello en la satisfacción de sus desordenados antojos. Al contrario, los demás habitantes, siendo creación del Dios Altísimo, poseedor del cielo y de la tierra, tienen *derecho* a su parte de lo que este hacendado controla, aunque no tengan ninguna escritura para confirmar su *derecho*.

Si la opresión en casos extremos parece terrible, la opresión de apariencia más refinada sigue siendo opresión, y en donde se abriga en el más mínimo grado, más se fortalece y se ensancha. Por lo tanto, esforzarnos por una redención perfecta del espíritu de opresión es el gran quehacer de toda la familia de Jesucristo en el mundo.

Capítulo catorce

EN TORNO A LAS ESCUELAS

Cuando estamos bien instruidos en el Reino de Dios, nos contentamos con el uso de las cosas que su sabiduría indica, tanto para nosotros como para nuestros hijos. Y no nos interesa enseñarles el arte de enriquecerse, sino que nos importa que sus mentes sean poseídas por el amor a Dios y la recta consideración hacia toda criatura, y que en todo lo que aprendan su desarrollo proceda en la sabiduría pura. Cristo nuestro Pastor es abundantemente capaz y está muy dispuesto a instruir a su familia en todas las cosas apropiadas para ellos. Por lo tanto no debemos promover el aprendizaje de nuestros hijos con la ayuda de ese espíritu¹ del cual él dio su vida para redimirnos, sino que hemos de esperar con paciencia por la ayuda de él en la enseñanza de nuestras familias.

Él mismo dijo que los hijos de este mundo son más sagaces en el trato con sus semejantes que los hijos de luz.² Por experiencia sabemos que si despertamos y alentamos en los niños el espíritu de orgullo y el deseo de elogio, a veces es posible adelantar el aprendizaje más rápidamente que de otra manera. Pero si mientras aprenden cualquier arte o ciencia, se acostumbran a desobedecer el Espíritu puro y se fortalecen en esa sabiduría que es insensatez ante Dios,³ después tendrán que pasar por la molesta y pesada labor de desaprender parte de lo aprendido para poder ser adoptados dentro de la familia divina. Por lo tanto, es bueno que en las escuelas y en todo aspecto de la educación

nos apliquemos al principio de la Luz universal, y que pacientemente esperemos que los niños se adelanten en el cauce de la sabiduría verdadera, sin buscar ayuda de ese espíritu que se afianza en el honor de los hombres. (Al desviarse de la Luz pura la gente busca la ayuda del espíritu de este mundo para impulsar a sus hijos a adelantar en su educación, para que ellos después puedan costear formas de vida menos llanas y sencillas de las que nuestro Santo Ejemplo ha establecido para nosotros.)

En la edad escolar los niños necesitan que sus maestros les pongan atención con cuidado y paciencia, y que observen con esmero sus temperamentos y personalidades para poder servir a cada individuo a tiempo y según su necesidad.

Si fuéramos destetados por completo del amor a la riqueza, y completamente desentramados de todo lo superfluo en la vida; si se acabara todo esfuerzo en pos de las vanidades; si la labor sólo se requiriera para las cosas consistentes con una vida humilde y abnegada – podemos calcular que tendríamos recursos disponibles para educar a nuestros hijos sosteniendo a una persona sencilla y humilde, y a su familia, como maestro de un grupo tan reducido de niños que podría servir a cada uno de ellos a tiempo y según su necesidad, y guiarlos con ternura por el camino abierto por el Espíritu evangélico, sin permitir ningún orgullo ni mala competencia entre ellos.

Hemos de considerar con mucha cautela el encargo de la educación de los niños a personas que no viven bajo la virtud sazonzadora⁴ de la Verdad. Nuestro deber insoslayable es esforzarnos todo lo que podamos en guiarlos a conocer la obra interior de la gracia. Si el maestro no conoce tal obra, su conducta y espíritu en la dirección de los niños a menudo graban en sus mentes tiernas y vulnerables impresiones que acarrearán grandes daños.

Por otra parte, cuando una persona piadosa se dedica a este empleo se le hace difícil mantener a su familia sin aceptar un número tan elevado de alumnos que no puede atenderlos ampliamente según el espíritu y temperamento de cada cual como sería más provechoso para los niños. Tener un gran número de niños en una escuela a menudo resulta una preocupación agobiante en la mente de un maestro honesto. Cuando su tiempo y atención están tan ocupados con los asuntos externos de la escuela que no puede concentrarse en el espíritu y la personalidad de cada estudiante para servirle a tiempo y según su necesidad con discernimiento verdadero. En tal situación las mentes de los niños sufren y un espíritu dañino se fortalece y aumenta las dificultades en la escuela, y como una infección pasa de uno a otro por contagio.

¹ Este es otro ejemplo del estilo indirecto de Woolman. No le pone ningún calificativo explícito a “ese espíritu” sino que deja al lector decidir cómo nombrar el espíritu del que Cristo nos salvó.

² Lucas 16:8

³ 1 Corintios 3:19

Traducción de Susan Furry y Benigno Sánchez-Eppler

⁴ En inglés, “the seasoning virtue of Truth:” los Amigos de habla inglesa usan mucho el concepto “to season” para indicar el proceso de madurar en el espíritu. Cada decisión tiene su estación y cada persona su desarrollo en sabiduría. Un Amigo espiritualmente maduro, con mucha experiencia en la iglesia, se considera un “Amigo sazonzado” – es decir, “un Amigo de peso.”

Si una persona movida por el espíritu de Verdad utiliza su tiempo en la enseñanza de los niños y sólo tiene un número de alumnos tal que las muestras de la fuerza divina en él son mayores que la inestabilidad en ellos, entonces este buen espíritu por medio del cual los guía podrá tener una influencia considerable en sus mentes y podrá sacarlos adelante en la vida cristiana. Cuando la estrechez de la circunstancia del maestro y los bajos sueldos que se pagan en la enseñanza infantil desembocan en la tentación y se le meten en el corazón hasta que toma a su cargo mucho más niños de los que debe según la medida de sus dones, entonces se pierde el valor verdadero de una educación cristiana.¹ También se pierde cuando el deseo de riquezas corrompe el corazón del maestro y toma a su cargo demasiados estudiantes.² Cuando un maestro se encarga de un grupo que excede la medida de fuerzas que el Señor le ha dado, no sólo sufre él en su condición interna, sufren también los niños. Cuando la escuela no se rige en el espíritu cristiano verdadero, no se llega al testigo puro³ en las mentes de los niños.

Educar a los niños en el camino de piedad y virtud verdaderas es un deber de todos los que tenemos hijos. Nuestro Padre Celestial no nos impone deberes sin dar también la fuerza para cumplirlos cuando se la pedimos humildemente. Aunque desde la perspectiva de la razón se consideren grandes las dificultades en muchos aspectos de cómo instruir a nuestros hijos en conocimientos útiles, sin embargo, si obedecemos a esa sabiduría que es de lo alto,⁴ nuestro Padre misericordioso abrirá camino para que podamos brindarles a nuestros hijos la educación que él requiere.

Y aquí puedo comentar que mi mente se ha entristecido a causa de algunos que, basándose en un deseo de riquezas, un deseo de vivir conforme a costumbres que se distinguen del espíritu verdadero cristiano, se esfuerzan en cosas mundanales, y no se afanan suficientemente por la sufrida condición de los jóvenes en muchos lugares a causa de la falta de ejemplos piadosos y maestros de mente madura en el espíritu de la Verdad.

¿Se hacen grandes labores para ganar riquezas para la posteridad? ¿Se emplean muchos para proveernos golosinas y lujos?

¿Se gasta dinero en colores placenteros a la vista que hacen que nuestra ropa resulte menos útil? ¿Se compran a

alto precio ropas de tejidos exóticos a causa de su finura?

En la construcción de nuestras casas, en la decoración de las paredes, en nuestros muebles y tapicería, ¿hay refinamientos de hechura que no son más que ornamentales? Y entre todos estos gastos que la Verdad no nos requiere, ¿mandamos a nuestros niños a educarse con maestros que, según creemos, no son guiados por el espíritu de la Verdad, en vez de humildemente esperar en el Señor hasta que nos dé la sabiduría para dirigir la educación de nuestros hijos?

Creo que ninguna persona piadosa diría que es nuestro deber entregar a los niños a la enseñanza de maestros que no creemos calificados para guiarlos en la vida cristiana verdadera. Hacer males para que vengan bienes⁵ es contrario a la doctrina del cristianismo. En momentos tan nublados que no podemos seguir adelante en el camino nítido y puro, hemos de esperar en el Señor en humildad profunda para conocer su voluntad para con nosotros y nuestros hijos.

Capítulo quince

EN TORNO A AMOS Y CRIADOS

“Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo”⁶

Se puede notar en varios textos donde el apóstol se dirige a los siervos que se esfuerza para guiar sus mentes a la Luz pura. Quiere que en sus labores como siervos, según él lo expresa, hagan “la voluntad de Dios de corazón”⁷ para que sus labores no se parezcan a las de aquellos que quieren agradar a los hombres, sino que las hagan con corazón sincero, temiendo a Dios; y para que cualquier cosa que hagan, la hagan “de corazón, como para el Señor y no para los hombres.”⁸

El principio puro de rectitud es la base en que se cimentan los puros de corazón, y por lo tanto sus acciones concuerdan con tal principio. Por un lado, alientan a los siervos a cumplir honradamente con todo deber razonable; mientras por el otro tratan de evitar que los siervos cumplan con mandatos inicuos, con el propósito de que sirvan “como al Señor y no a los hombres.”⁹ Este principio puro nos enseña la necesidad de comportarnos humildemente con Dios, para que al concentrarnos fielmente en la guianza¹⁰ de su Espíritu Santo, nuestros sentidos sean “ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.”¹¹ Se deben obedecer los mandatos rectos de los amos porque son

¹ En su primer borrador, Woolman escribió aquí: “Creo que todas las personas piadosas estarán de acuerdo que cuidar por el espíritu de los niños en la escuela, y esforzarse a sacarlos adelante como corderos en el rebaño de Cristo es más importante que mejorar su conocimiento de las letras.”

² Se refiere a un sistema en que los padres pagan al maestro directamente por cada estudiante a su cargo.

³ En inglés, la misma palabra “witness” se puede traducir según el contexto como “testigo” o “testimonio” o “testificar” En este caso, pensamos que Woolman se refiere a la Luz Interior, o la presencia de Cristo interior, y por eso lo traducimos como “testigo.”

⁴ Santiago 3:17

Traducción de Susan Furry y Benigno Sánchez-Eppler

⁵ Romanos 3:8

⁶ Efesios 6:5

⁷ Efesios 6:6

⁸ Colosenses 3:22-23

⁹ Efesios 6:7

¹⁰ Una convicción interna que impele a seguir cierto curso obedeciendo la dirección divina. El uso peculiarmente cuáquero de la palabra “leading” en inglés no es idiomático. Esto se refleja en la peculiaridad del uso de la palabra “guianza.”

¹¹ Hebreos 5:14

RAZONES OFRECIDAS

rectos; pero al contrario, los mandatos humanos que no se pueden obedecer sin desobedecer a Dios no tienen autoridad suficiente para que un siervo de Cristo los cumpla. En esto es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.¹

Lo que más me preocupa en este momento es que todos los que se encuentran en la posición de amos consideren este tema seriamente, y que no exijan de sus siervos ningún servicio excesivo, ni nada que para cumplirse requiera que actúen en forma contraria a la rectitud universal.

Un padre piadoso cuida a sus hijos concienzudamente para que por medio de su labor ellos se eduquen correctamente y tengan algunas cosas necesarias para poder establecerse en el mundo. Pero si un hombre ve pervertidas sus rectas intenciones, si ve que se abusa de su labor para servir propósitos que no son equitativos, y si no le queda esperanza de remedio, su situación resulta muy penosa. Aunque bien dispuesto a trabajar, no puede hacerlo “de corazón como para el Señor y no para los hombres.”²

Cumplir con requisitos injustos aflige a la mente inclinada al bien. Me parece que hay un espíritu de persecución activo cuando un hombre con poder requiere servicio de otro sin ofrecerle recompensa equitativa. Los hombres rectos que trabajan en asuntos temporales se proponen hacer el bien; y trabajan porque están convencidos que éste es su deber. Pero, cuando se les requiere trabajos fuera de su justo deber para satisfacer propósitos codiciosos, lujosos y ambiciosos de otros, esto pone a los hombres de conciencia en gran aprieto. Si no cumplen, están expuestos a castigos, mas si hacen lo que consideran que no pueden hacer honestamente, hieren sus propias almas.

Capítulo dieciséis

Tener Negros como esclavos hasta la edad de treinta años, y retener las ganancias de sus últimos nueve años como algo nuestro, bajo la suposición de que en algún momento puedan causar un gasto a nuestra hacienda, es una manera de proceder que bien podría mejorarse.³

¹ Hechos 5:29

² Colosenses 3:23

³ En su Diario Woolman escribe sobre los acontecimientos de junio de 1769: “En años recientes ha habido varios casos dentro de nuestra junta mensual con respecto a la rectitud pura para con los negros. Mi corazón se ejercía para que se mantuviera la equidad consistente. Sobre este tema he laborado seriamente entre los Amigos, y puedo decir con agradecimiento que en esto encuentro paz. Meditando mucho sobre el amor universal, mi propia conducta en el pasado me ha causado grave congoja recientemente.

“En nuestra provincia la ley requiere que la persona que emancipa a un esclavo lo mantenga en caso de que necesite ayuda. Por esto, cuando yo era joven, algunos amos que tenían escrúpulos de conciencia que les impedían retener a un esclavo de por vida solían retener a sus jóvenes negros en su servicio sin sueldo hasta los treinta años de edad. Yo aceptaba esta costumbre hasta tal punto que actuando como albacea junto con otro Amigo, vendimos a un muchacho negro hasta la edad de treinta años, y sumamos la cantidad de la venta en el valor de la herencia. “Con el corazón abatido y humillado, ahora puedo decir que a veces me he sentado en la adoración con mi alma concentrada hacia ese temible Ser que no hace excepción de personas ni de colores, y he visto a este Traducción de Susan Furry y Benigno Sánchez-Eppler

1. Hombres de edad madura que llevan una vida ordenada y no han entrado en contrato de servidumbre – supongo que es generalmente aceptado que merecen su libertad, y que forzarlos a servir como esclavos nueve años más puede ser mantenerlos esclavizados hasta el fin de su vida. Puede ser que mueran antes de llegar a esa edad sin causarnos ningún gasto, y pueden dejar hijos a quienes con razón desearían en su última enfermedad legar el dinero que habían ganado después de haber pagado por su propio aprendizaje.

2. Supongo que nueve años de sueldo de un Negro hacendoso y saludable por un cómputo moderado asciende a no menos de cincuenta libras aparte de dieta y ropa. Si este dinero fuera ganado sirviendo al dueño que lo crió y le dio oficio, o si fuera ahorrado año tras año al cuidado del mismo dueño e invertido a un interés moderado para el uso del Negro ya sea en sus necesidades futuras o en cualquier propósito honesto que su testamento indique, este procedimiento nos parecería más fraternal si estuviéramos en la condición del Negro.

3. La bondad pura engendra bondad como fruto. Si un hombre está convencido que la conducta de los que ejercen autoridad sobre él es equitativa, entonces naturalmente se sentiría alentado a ahorrar para su vejez. Cuando se logra tocar al testigo puro,⁴ entonces se fomenta una preocupación en el esclavo manumiso de no llegar a ser una carga a la hacienda de las personas que él considera honestos y fieles amigos. Pero si ha trabajado sin sueldo nueve años más de lo común entre otros hombres de la comunidad, y cuando es liberado sabe que los que lo retuvieron le deben una gran deuda, pero que no la puede recuperar a menos de que llegue a tal necesidad que no pueda ayudarse a sí mismo – este hombre naturalmente pensaría que este tratamiento no es fraternal. Pensaría razonable que tal sueldo se le pagara en algún momento, y que la hacienda en que trabajaba sin sueldo le ayudase en su vejez. De esto brota la tentación de no aplicarse con sabiduría a sus asuntos.

4. Si veo un hombre necesitado, y sé que tengo en mis manos dinero que es suyo, y que debo pagárselo en algún momento con interés razonable, sea a él mismo o a otros que él indique, se supone que no habrá tentación de retener

muchacho, y he sentido mi mente perturbada ante él. Al meditar en esto recurriendo al Señor fervientemente, me pareció que debía hacerle alguna restitución, pero no veía cómo [...] y por un tiempo mi mente se cubrió de oscuridad y tristeza. Bajo esta dolorosa aflicción mi corazón se ablandó hasta recibir instrucción, y entonces vi que por haber sido uno de los dos albaceas que habían vendido el muchacho por nueve años más de lo acostumbrado con los aprendices blancos, yo ahora tenía que ofrecer parte de mis ahorros para redimir la última mitad de esos nueve años.”

⁴ Esta frase no está muy clara en el inglés. Suponemos que quiere decir esto: Cuando el amo le trata con consideración y justicia, ese ejemplo convoca al testigo de Cristo dentro del esclavo quien entonces se siente alentado a actuar bien.

John Woolman, *Una petición por los pobres*

ese dinero cuando veo que él lo necesita. Pero si el egoísmo prevaleciera en mí hasta el extremo de considerar ese dinero que tengo a mi cuidado en fideicomiso con el deseo de desposeer al verdadero dueño, si por la fuerza de esta codicia y expectativa, yo llegara al punto de considerar ese dinero parte de mi hacienda, y si lo usara para beneficio mío o de mi familia en este mundo, y si por eso hiciera gastos que un humilde seguidor de Cristo rechazaría – en tal caso, al entrar en una tentación hay gran peligro de caer en otras, y de no atender a las necesidades de una persona cuyo dinero estaba en mis manos con el cuidado y diligencia con que lo habría hecho si el tentador no hubiera encontrado entrada a mi mente.

5. Si después de mantener una contabilidad recta del dinero que tenemos a nuestro cuidado, sumando un interés razonable, y después de gastarlo todo con sobriedad en las necesidades del hombre que lo ganó, los gastos resultan algo más y la hacienda pública se niega a cubrir parte alguna; y si nuestra hacienda no se hubiera beneficiado en el pasado de la labor de sus padres o antepasados – esto parece un caso en que los justos sufren para dar testimonio de una buena conciencia, y si lo cumplen con constancia bien pueden esperar recompensa con el tiempo.¹

6. Los Negros han sido un pueblo sufrido, y nosotros como sociedad civil somos los que los hemos hecho sufrir. En los casos en que una persona sufre un daño en lo material y ha muerto sin recibir recompensa, sus hijos parecen tener derecho a lo que justamente pertenecía a sus padres y a lo que no se les había pagado.

Mi corazón se acongoja al escribir de este tema, a causa de los grandes daños cometidos contra estos gentiles² y contra sus hijos que han nacido cautivos en este inicuo cautiverio. Cuando los antepasados de esta gente fueron importados del África, creo que algunos los compraban con la intención de tratarlos bondadosamente como esclavos. Los compraban como si esos violentos mercaderes hubieran tenido derecho a venderlos, pero creo que no consideraban profundamente la naturaleza y consecuencias de tal comercio. Sobre este cimiento de iniquidad, poco a poco se corrió un velo que escondía una práctica muy lastimosa y dañina para gran número de gentiles. En muchos lugares está renaciendo un interés para descorrer más aun este velo, y para escudriñar hasta el fondo de este desorden. Mi preocupación no es sólo que tengamos en mente que los Negros han sido un pueblo sufrido bajo nosotros como sociedad civil, sino también que busquemos sentir con humillación

verdadera la influencia pura³ que es lo único que puede guiarnos en el camino de salud y restauración.

6.⁴ Hasta aquí he señalado que los Negros tienen tanto derecho como nosotros al beneficio de su labor. Ahora siento la necesidad de mencionar la deuda que se les debe a muchos Negros de hoy. Cuando las personas se agrupan en una sociedad que forma un solo cuerpo de muchos miembros, y ciertos miembros ocasionan daño a otros que no pertenecen al grupo, la sociedad que tiene potestad en tal situación carga el peso de ese daño a no ser que ejerza todo esfuerzo razonable para hacer justicia, para imponer juicio, y para repudiar públicamente las iniquidades de esos miembros. Y cuando alguien fallece sin recompensa por daños materiales recibidos en vida, a sus hijos se les niega lo que equitativamente se les debía a sus padres. En tal caso parece que esos hijos tienen justo derecho a recibir recompensa de aquella sociedad civil bajo la cual sus padres sufrieron.

Mi corazón se aflige de dolor al escribir sobre este tema, por causa de las grandes injurias cometidas contra estos gentiles y contra sus hijos nacidos en cautiverio. Si cuando primero se intentaron estos daños los miembros activos de la sociedad civil se hubiesen unido en firme oposición a estos procedimientos violentos, y si después cuando otros intentaron lo mismo en el espíritu de egoísmo, hubiesen encontrado oposición firme otra vez, y si hubiesen sido obligados a hacer justicia a las personas perjudicadas – la expectativa de ganancias por medio de tales procedimientos injustos hubiera parecido tan dudosa que nadie lo hubiese reintentado. ¿Cuánto mejor habría sido esto para estas colonias e islas americanas?

Creo que algunos compraban esos infelices sufridores con la intención de usarlos con benevolencia como esclavos. Los compraban como si aquellos violentos negreros hubiesen tenido derecho de venderlos; pero creo que no consideraban a fondo las consecuencias de tal mercadería. Creo que otras personas los compraban con vista a la ganancia y a la comodidad material. Y así esos hombres violentos encontraban personas de buena reputación que les compraban el botín y afianzaban su condición de amo sobre esa compra, y de tal manera alentaban a los negreros en su horrible comercio. Esto seguía hasta tal punto que la sociedad civil aceptaba este comercio y consideraba a estos comerciantes como miembros de la sociedad sin proceder a castigarlos por sus crímenes. Así fue que de cierto modo se corrió un velo sobre una práctica muy ajena a la rectitud, y la plena verdad se disimuló tanto que frente a la más lamentable injusticia muy pocos parecían perturbarse, ni afanarse por hacer justicia a las víctimas ni a su posteridad.

Estos pobres africanos eran gente de idioma extraño con quien no era fácil conversar, y su condición de esclavo generalmente destruía esa libre hermandad que a menudo

¹ Este es uno de los casos en que Woolman expresa su crítica social de una forma tan suave e indirecta que casi no se entiende como crítica. Pero al entenderse, resulta una crítica sumamente radical. Aquí ofrecemos una glosa: Si el antiguo dueño usa todo el dinero y su interés [concepto radical que Woolman añade] en beneficio del que antes era su esclavo pero éste necesita más, una persona de buena conciencia seguirá pagando lo necesario de sus propios recursos con la esperanza de recibir su premio en el más allá.

² Véase Levítico 19:34

Traducción de Susan Furry y Benigno Sánchez-Eppler

³ Es decir, la influencia de Dios

⁴ El manuscrito original tiene dos párrafos con el mismo número 6.

existe entre nosotros y los extranjeros inofensivos. Dentro de esta situación adversa, ¡cuán razonable es imaginar el rumiar de sus mentes afligidas en torno a las iniquidades cometidas contra ellos y su lamentar! – lamento sin consuelo.

Aunque lo gradual del proceso de la injusticia deje a muchas mentes cortas de luces, no obstante, nada se ha alterado en la naturaleza de las cosas. Lo prolongado de la opresión no ha hecho la opresión compatible con el amor fraternal. Tampoco puede el largo paso del tiempo recompensar a los descendientes de esos perjudicados extranjeros. Muchos vivieron y murieron sin poder presentar en audiencia su sufrido litigio, ni verlo juzgado con equidad. Me causa congoja el desenfreno, la vanidad, y la extravagancia tan común entre nosotros como sociedad civil, especialmente cuando llevamos encima una pesada carga de injusticias. Siento un amor universal y una preocupación ferviente por el verdadero interés de mis conciudadanos y por toda criatura. A la luz de todo eso, expreso estas cosas.

Supongamos que hace cuarenta años capturaron violentamente a un joven inofensivo en Guinea. Fue vendido como esclavo aquí, trabajó duramente hasta la vejez, y sus hijos todavía viven. Es imposible determinar cantidad alguna que equivalga a la pérdida total de libertad. Sin embargo, si valoramos los sufrimientos de este hombre a no más de cincuenta libras, pienso que las personas honestas no lo considerarían excesivo, ni les negarían a sus hijos la justa reclamación de lo calculado.

Cincuenta libras a tres por ciento, sumando el interés al capital cada diez años, en cuarenta años llega a un poco más de ciento cuarenta libras.	Capital £50	50
	Interés a 3%, 10 años	<u>+ 15</u>
		65
	Interés, 10 años	<u>+ 19</u>
		84
	Interés, 10 años	<u>+ 25</u>
		109
	Interés, 10 años	<u>+ 32</u>
		141

Ahora bien, una vez que nuestras mentes estén completamente despojadas de todo prejuicio relativo a la diferencia de color, y cuando prevalezca en nosotros el amor de Cristo en el cual no existe parcialidad, creo que quedará claro que existe un pesado reclamo contra nosotros como sociedad civil por la opresión cometida contra personas que no nos habían hecho ningún daño. Si el litigio particular de muchas personas fuera presentado, cualquier tribunal honesto juzgaría que se les debe mucho.¹

Acabo con las palabras de aquel juez justo de Israel: “Aquí estoy; atestigüad contra mí delante de Jehová y delante de su ungido, si he tomado el buey de alguno, si he tomado el asno de alguno, si he calumniado a alguien, si he agraviado a alguno, o si de alguien he aceptado soborno para cerrar los ojos; y os lo restituiré.”²

¹ Los Amigos son reconocidos como la única denominación en que algunos de sus miembros aceptaban la responsabilidad de compensar por su labor a los esclavos que emancipaban. La compensación varía mucho – terreno, una cama, una vaca, dinero, etc.

² 1 Samuel 12:3